

Robespierre en Rusia

Alejandro García

Universidad de Murcia

ACONTECIMIENTOS

En un extraordinario relato, el historiador Colin Jones recrea las 24 horas de vértigo que acabaron con Maximilien Robespierre y el círculo que le fue fiel en la jornada del 9 Termidor (27 de Julio 1794). En *La Caída de Robespierre. 24 horas en el París revolucionario* (Crítica, 2023) C. Jones, profesor en el Queen College, describe un complejísimo escenario por el que desfilan infinitos personajes, hombres encumbrados, mujeres de todo tipo, gentes comunes de los más variados oficios, conspiradores, espías, personal armado. Y gravitando sobre todas las cosas el vigor político y la movilización cotidiana del pueblo de París, verdadero protagonista de este relato. El apasionante enfoque con el que Jones recrea un escenario regulado mecánicamente por los conceptos de tiempo, espacio y acontecimientos, él mismo lo presenta como “escribir desde la distancia observando de cerca el 9 Termidor”. Cómo no percibir en esta obra el poderoso influjo que la Historia Cultural, la gran aportación británica a la historiografía, ha inoculado en la narración histórica.

Si la primera de las tres jornadas míticas de la revolución, el 14 de julio de 1789 (toma de la Bastilla) fue considerada como el día en que se instituye la libertad, si a la segunda el 10 de agosto de 1792, con la decapitación de Luis XVI, se la reconoció como el día en que se normalizó la igualdad, la tercera, el 9 Termidor, fue señalada por la narrativa posterior como el día en que se puso fin a la tiranía de un iluminado. Y ciertamente en el relato canónico, que se haría clásico, Robespierre sería identificado para la posteridad como un malévolo, autócrata e innecesario sanguinario al que un grupo de patriotas lanzó al basurero de la historia. Aunque, por supuesto, las cosas y los hechos fueron mucho más complejos.

La tensión que recorre todo el relato de Jones en ese día es el enfrentamiento que se produjo entre la Convención, sede del poder legislativo e integrada por 749 miembros electos, y la comuna de París en sintonía con el ayuntamiento. En el fondo un conflicto entre la elite política del momento y las secciones populares de los barrios de París. Y era en ese mundo plebeyo donde Robespierre y su partido, el de los Jacobinos, tenían al grueso de sus partidarios.

Podría resultar paradójico, como ha puesto de manifiesto McPhee en su memorable biografía (*Robespierre. A revolutionary life*, 2012), cómo este joven abogado de Arrás, profundamente humanista y cuyo único libro reconocido anterior a la revolución era un alegato contra la pena de muerte, acabó en dos años siendo el símbolo del terror. Pero la paradoja se entiende si observamos el escenario francés tras la ejecución del rey. Por una parte, una insurrección interna polimórfica que engloba a la más poderosa aristocracia de Europa, al clero de los privilegios y a masas campesinas del sur y el oeste levantadas en armas contra lo que está sucediendo en París. Por otra, una coalición de ejércitos exteriores que avanzan sobre Francia con intención de cortar por lo sano y masacrar. Y es la evidencia de que hay una fuerte quinta columna interior que anima a la ocupación extranjera la que desata el miedo en la Convención y el funcionamiento a destajo de la guillotina y de las masivas decapitaciones públicas en la Place de la Revolution.

Conduciendo a los diputados y a la opinión pública en esos momentos de emergencia es cuando Robespierre pasa de ser un diputado más a convertirse en el guía para la salvación, un trayecto meteórico en el que Robespierre despliega la única herramienta que posee: la persuasión de su discurso. No es un activista, ni un condotiero de calle, es un intelectual que orienta mediante su oratoria en la Convención y sobre todo en el club de los Jacobinos, su partido. Sus discursos impresos eran leídos diariamente por cientos de miles de parisinos, para quienes Robespierre ya estaba entronizado como la luz infalible. Y, más todavía, como el timonel que aseguraba la nave en el embravecido, confuso y contradictorio mar de los acontecimientos. En un año (el del clímax del *Terreur*) se había enfrentado a la izquierda niveladora de Hebert y su grupo, que habían acabado en la guillotina, y al centro moderado de Danton y Desmoulins, en marzo, que proponían frenar las ejecuciones políticas, y que en la lógica del tiempo acabaron igualmente en el cadalso. Cuando en la Convención se producían debates de fondo sobre la dirección estratégica de la revolución los perdedores en la votación sabían que al día siguiente el tribunal revolucionario los condenaría a muerte acusados de enemigos de la República y esa tarde serían ejecutados. Todo ello actuado de acuerdo a las leyes vigentes y con la firma de los funcionarios de

las instituciones correspondientes. Tanto era así que entre los 749 diputados se instaló la convicción de que era la palabra de Robespierre la que decidía sobre la vida y la muerte y la mayoría fueron comparsas de este juego, unos por convicción, otros por miedo a destacarse oponiéndose al Incorruptible, otros para saldar disputas personales. Hasta el día de Termidor.

En el fatídico día en que se despeñó desde la cumbre al cadalso, a Robespierre le falló el olfato. La noche anterior había pronunciado un discurso en el Club de los Jacobinos, donde se sentía tan arropado, dejando entrever que al día siguiente señalaría a los “traidores encubiertos” que todavía se emboscaban en la Convención, cosa que significaba, naturalmente, la guillotina. En su brújula direccional, una vez eliminada la extrema izquierda, Hebert, y la derecha, Danton, Robespierre estaba tejiendo lazos con la Llanura, ese magma de indecisos, para acabar con la incómoda Montaña y llevar al centro el curso de los acontecimientos. Pero eran docenas los diputados aterrados que se sentían potenciales víctimas de lo que mañana ocurriera. Y algunos de estos dedicaron la noche a visitarse, conspirar y asegurarse de parar el mazazo que se les venía encima. El más activo de ellos fue Tallien, un urdidor de acuerdos in extremis.

Cuando en la mañana del 9 Termidor, Robespierre, Saint-Just y su círculo estrecho tomaban asiento en sus escaños, Tallien, saltándose el orden del día, inició un brutal discurso, a vida o muerte, acusando a Robespierre de tirano, de déspota con pretensiones de nuevo rey, advirtiéndole a la asamblea de que si no acababan con él la república derivaría en una nueva monarquía. A Robespierre le paralizó la osadía de Tallien, pero todavía más el eco aclamatorio que surgió desde los diputados y desde el público que asistía en las tribunas. Después de Tallien, una cascada de intervenciones insistió, cada vez con más énfasis, en el peligro que suponía Robespierre. Cuando este quiso intervenir se le prohibió la palabra, insistió en hablar, cada vez más fuera de sí, pero no se le permitió, para acabar siendo forzado a retirarse del estrado ya en calidad de semi detenido. Todo se había desarrollado en menos de una hora, al final de la cual la Convención decidió que sería detenido, llevado inmediatamente a la cárcel y sometido a juicio.

Lo que ocurrió después fueron doce horas de hechos frenéticos en los que París fue escenario de un caos indescifrable de órdenes, contra órdenes, pronunciamientos, comunicados y movimiento de tropas, gendarmería y Guardia Nacional. Por una parte la Convención, el poder legítimo, expidiendo comunicados sin cesar llamando a acatar la decisión, por otra el Ayuntamiento y la Comuna de París, apoyados por la Guardia Nacional, desconociendo la

decisión de la Convención y llamando al pueblo de París a defender a Robespierre.

La Guardia Nacional lo rescató de la cárcel y fue conducido, junto a Saint-Just y los demás detenidos, a la casa de la Comuna, un lugar seguro, desde donde organizar la contra ofensiva a la Convención. Durante horas las fuerzas de uno y otro bando estuvieron niveladas, y la euforia por el triunfo fue pasando alternativamente de la Convención a la Comuna. La clave, y ambas facciones lo veían, estaba en la capacidad de llevar hacia su lado al pueblo de París, donde una población muy politizada y militante, con cinco años ya de experiencia de poder, organizada en secciones armadas iba a ser quien decidiera el rumbo de los acontecimientos. De todos era sabido el gran arraigo que Robespierre tenía en la masa parisina, donde en las secciones armadas de los barrios eran mayoría sus seguidores, casi todos ellos miembros del club de los Jacobinos, de modo que la Convención, sintiéndose en desventaja numérica, fabricó durante todo el día una catarata de comunicados, bandos y leyes apelando a la legitimidad de su poder como representante soberana del pueblo, llamando al respeto hacia las instituciones republicanas, advirtiéndole que no acatar las órdenes que de ella emanaban era incurrir en un delito de traición penado con la muerte. Por su parte la Comuna de París y la Guardia Nacional, en abierta rebeldía, consideraban lo ocurrido esa mañana en la Convención como una evidente conspiración, como una traición y en definitiva como un golpe de estado, por tanto, sus órdenes eran ilegales. Emisarios de uno y otro bando recorrieron durante horas las calles de la ciudad arengando a las multitudes para tenerlas de su lado. Se trataba de una batalla por la opinión pública, que decidiría la suerte del día.

En la narración que Colin Jones nos muestra de esa tarde acelerada, donde en cada minuto se comprimían años de historia, hay un radar especial que va captando hora a hora el penduleo que se produce en la opinión pública, y por tanto en su acción. A través de docenas de entradas, que recogen testimonios de gente común o de hombres armados que se arremolinaba en las calles, se nos muestra en primer lugar la perplejidad general ante la detención de Robespierre y la inmediata disposición a ponerse del lado del líder a quien han traicionado. Pero ese momento de certidumbre comienza a ceder con el transcurrir de la tarde ante un sentimiento de confusión frente a lo que está ocurriendo. Cada vez más, para las masas, lo que sucede no está claro del todo y comienza a instalarse la duda. Para las secciones de los barrios dar el paso a la resistencia armada comienza a estar claro que es jugarse la vida, y máxime en este momento de incertidumbre en el que parece que la Convención, con la inmensa fuerza

institucional que ha desplegado y los cientos de emisarios armados que leen en las plazas y calles los decretos recién firmados por los diputados, va ganando terreno.

Mientras, Robespierre, encerrado con su círculo en la casa de la Comuna, tiene serias dudas en sumarse a lo que ya es una rebelión abierta contra la Convención. Y la duda no estriba en el miedo al posible triunfo de sus adversarios, puesto que durante toda esa tarde la convicción que los animaba era de que estaban ganando la batalla de la calle, sino en el escrúpulo legal que lo maniataba para rebelarse contra una institución y un método del que él había sido el gran artífice.

En esencia, la tarde fue decantando esta batalla estratégica en favor de la Convención, quien ante la opinión pública fue mostrándose más convincente que la resistencia del Ayuntamiento y la Comuna. Además del peso institucional que la sustentaba, la entrada del ejército para hacer cumplir sus órdenes desequilibró finalmente la balanza. Durante todo el día los partidarios de la Convención se habían ido concentrando en la Place du Carrousel, mientras que los de Robespierre lo hacían en la Place de la Maison Comun, pero a las 11,30h de esa noche del 9 Termidor la Place du Carrusel estaba ya repleta, mientras que la de la Maison Comun estaba semi vacía.

La suerte estaba echada. Muy pasada la media noche Robespierre y su gente eran detenidos tras una violenta acometida de la Guardia Nacional leal a la Convención. Y doce horas después estaban guillotizados.

EVOCACIÓN

Los bolchevique siempre tuvieron un doble manual de instrucciones: los escritos de Lenin, por un por un lado, y la interpretación cronológica de la revolución francesa, por el otro. En las grandes disputas entre bolcheviques, una vez muerto Lenin en 1924, el recurso a pasajes de la revolución francesa aplicados a estos nuevos tiempos era habitual. En los hechos, ya lejanos, de París se leía una anticipación de lo que estaba ocurriendo en Rusia, y la palabra Termidor se interpretaba como traición a la revolución, como un contragolpe que los llevaría de nuevo al pasado. Tanto Trotsky como Stalin la utilizaron con frecuencia en sus controversias.

Y, efectivamente, resulta tentador al evocar la figura y la acción de Robespierre establecer puntos de conexión con el periplo político de Stalin. Al igual que Robespierre, Stalin no era un líder especialmente destacado en los días del asalto al poder (1917), ambos se fueron construyendo conforme fueron haciendo sus

propias lecturas del curso de unos acontecimientos siempre innovadores y meteóricos. En los tres primeros años para Robespierre y ocho para Stalin, ningún observador que hubiera visitado París o Moscú habría oído hablar en especial de ninguno de ellos. En ambos casos sus liderazgos no se habían fabricado en la agitación política sino en sus discursos para la nomenclatura y su multiedición en la prensa, y más que como líderes de masas actuaron como guías orientadores con la gente y en los espacios donde se tomaban las decisiones. Los suyos fueron liderazgos persuasivos, no emocionales.

Es obvio que en su corto, pero rotundo, liderazgo Robespierre fue el gran orientador de los cambios y el artífice de la institucionalidad republicana (libertad). Pero su gran proyecto de igualdad y fraternidad, que pretendía transformar las estructuras más profundas de la Francia eterna, quedó disuelto con su caída y muerte. Lo que vino después, como es sabido, fue un acomodamiento de las viejas y recientes elites a un nuevo tiempo que, aun con el barniz de libertad republicana, congeló el gran proyecto emancipador que había encarnado Robespierre.

Stalin, por el contrario, vivió lo suficiente para llevar hasta su última conclusión los sueños de la utopía comunista, encarnados en ese inverosímil proyecto llamado “socialismo en un solo país”. Lo que estaba ocurriendo en la Rusia de Stalin, una vez que el mundo se había vuelto del revés con la toma del poder por los esclavos, recogiendo el testigo de la fallida tentativa de Espartaco (W. Benjamin lo intuyó en sus *Tesis sobre la historia*), era la creación de un nuevo orden que desde sus cimientos pretendía ser la otra cara de Jano de la historia humana. Y a Stalin le dio tiempo para pilotar esa gigantesca marea, y no solo porque el azar fuera benévolo con él sino porque a la larga demostró tener mejor olfato que Robespierre para anticiparse a las corrientes en conflicto y domesticarlas.

Durante quince años (1924-1940) las facciones que se disputaban el poder en la Rusia bolchevique podrían evocarnos una reedición atemperada de la Francia revolucionaria: la derecha (Girondinos/Bujarin), la izquierda (hebertistas/Trotsky) y un centro pendular y oscilante (Danton/Kamenev-Zinoviev). Aunque en el caso ruso la secuencia de los actos tuvo una variación, ya que el choque inicial de la disputa no fue entre derecha (girondinos) y centro sino entre centro e izquierda (Trotsky). Al igual que había hecho Robespierre, Stalin gestionó una alianza de intereses y criterios (con el centro y la derecha) para desbanicar definitivamente a Trotsky. En el siguiente acto, sin duda el más contundente por sus consecuencias futuras (1929), Stalin pilota el

enfrentamiento a vida o muerte contra una coalición (Zinoviev/Bujarin) que cuestiona duramente el salto al abismo que suponía la colectivización forzada en el campo y el aceleramiento paroxístico de la industrialización, proyecto que en ese tiempo nadie encarnaba con más claridad que Stalin. En este sentido ambos líderes, el francés y el georgiano, operaron con pragmatismo, lejos del dogmatismo apegado a las fuentes ideológicas. Igualmente en lo que podríamos considerar como “los años del terror” encontramos similitudes asombrosas, tanto en el estilo de las acusaciones como en lo sumarísimo de los procedimientos. En primer lugar es conveniente recordar que en las condiciones de aquellos momentos excepcionales, en ambos escenarios se había internalizado como sentimiento general la mentalidad del acoso, un acoso representado, en el caso francés, por la gran coalición de ejércitos europeos que asediaban a la república y en el caso ruso por la convicción de que la Alemania de Hitler se estaba preparando para destrozar Rusia (cosa que acabaría siendo cierta). Y en estos contextos de violencia y miedo la discrepancia interior era catalogada de manera rutinaria como traición.

Incluso en los orígenes y desenlace de esta violencia sumaria hay sintonías que las acercan. En el caso francés, como ya se ha comentado, además de aristócratas y gentes del clero, cayeron bajo la guillotina miles de personas con historias revolucionarias de la primera época, gente notoria en las batallas iniciales (ya se ha comentado, Mirabeau, Danton, Desmoulins, etc.). Ser veterano de la revolución no significaba garantía de vida sin en el curso de los encarnizados debates entre fracciones perdías la batalla. C. Jones relata el curso de una cena en la que Danton y Desmoulins (marzo de 1794) trataron in extremis de acercar a Robespierre a sus posiciones, convencerlo para que se frenara el volumen de sentencias que cada día dictaba el Tribunal Revolucionario. Tras la tentativa que acabó en fracaso, dada la inamovible posición de Robespierre, Danton le dijo a Desmoulins cuando volvían a casa “somos hombres muertos”. Algo similar ocurría en la Rusia de los treinta, aunque con algunas variantes. Y una, quizá la principal, de ellas era la administración de los tiempos.

A diferencia de París, donde todo sucedió a velocidad de vértigo y la fase más sangrienta se comprimió en 15 meses, en Rusia el proceso se dilató a lo largo de 9 años, desde que los perdedores fueron derrotados en las disputas hasta su fusilamiento final. Hay que seguir, por ejemplo, los casos de Bujarin, Zinoviev o Kamenev, por señalar los más notorios. Pero además, en Rusia, para entender el terror en los años de Stalin, hay que barajar otras variables que en el caso francés solo tuvieron aspecto indicativo, simplemente porque no había habido tiempo para que afloraran. Los vertiginosos cambios que se estaban produciendo en el

tiempo de Stalin y la rotunda ingeniería social que acompañaba al nuevo orden generaron unas gigantescas chimeneas de ascenso social a través de las cuales millones de nuevos jóvenes, a los que comenzó a llamárseles “gente nueva”, ascendían a las esferas de dirección, hasta ese tiempo monopolizadas por la “vieja guardia”. En buena medida las grandes purgas, en cierto modo una autocanibalización en el interior del partido bolchevique, no eran sino disputas por el poder entre la “gente nueva” y la “vieja guardia”. Un fenómeno sociológico tan simple como esto pasó desapercibido a las legiones de soviólogos occidentales que hicieron su carrera interpretando los hechos y derivándolos como productos homicidas de un paranoico patológico como Stalin. Desde que R. Conquest publicara en 1966 *El gran Terror*, un libro por lo demás con poca documentación seria y sesgado en una mirada unidireccional, la dogmática occidental (especialmente anglosajona) abundó, como un mantra, en la maldad intrínseca de Stalin, incluyendo en esta cohorte al meticuloso historiador alemán K. Schlögel (*Moscú 1937. Terror y utopía*, 2016). Solo en los últimos diez años una nueva generación de historiadores con acceso a los archivos rusos abiertos recientemente (y liberados del sesgo interpretativo que la guerra fría impuso en los estudios sobre Rusia) está conjugando las múltiples variables que concurrieron en los hechos que comentamos, y quizá el más innovador de ellos sea, a mi juicio, la investigación de J. Harris, *El gran miedo* (2017).

El que Robespierre fuera guillotinado tras tres años de gloria y Stalin muriera en la cama después de veinticinco en la cúpula merece alguna reflexión. Todos sus biógrafos coinciden en la aversión que a Robespierre le producía la gestión administrativa y la cotidianeidad de la dirección gubernamental. La clave de su liderazgo eran los discursos, bien en la Convención, o más multitudinariamente en el club de los Jacobinos, anclando su papel como guía moral de la nación. No era hombre de conciliábulos, ni soportaba las reuniones. De modo que la conspiración del 9 Termidor fue una absoluta sorpresa para él. Por el contrario, Stalin era hombre del aparato, enfrascado en la administración del país.

Cuando se repartieron los cargos en los primeros días de la revolución, Stalin asumió la secretaría de organización del partido, un puesto en ese momento de escasa visibilidad, que a ninguno de los líderes más notorios le interesaba. Pero dado el gigantesco crecimiento del partido (ya confundido con el Estado), la secretaría de organización pasó progresivamente a ocupar la centralidad en la acción política, y su secretario, quien seleccionaba a los cuadros, distribuía responsabilidades y arbitraba en las disputas, fue ocupando el centro de gravedad. En el ascenso a puestos dirigentes de la “gente nueva” Stalin tuvo mucho que ver, era quien los catapultaba hacia arriba, y esa joven y pujante

generación reconoció en él a su líder natural. Aunque en las turbulentas disputas entre las elites el apoyo con que contaba en las bases del partido tampoco le aseguraba una garantía de supervivencia, de hecho, como han relatado los hermanos Medvedev en la que acaso sea la mejor biografía hasta la fecha (*El Stalin desconocido*, 2006), Stalin no tuvo segura su supervivencia hasta finales de los años treinta.

Para entender, en definitiva la corta carrera de uno y la longevidad política del otro, ambos navegantes de tiempos turbulentos, no queda otro recurso que reconocer sus distintas fenotipos, el del hierático estatuario sobradamente seguro de su providencial papel y el intuitivo georgiano dotado de un animalesco instinto para la anticipación.

Alejandro García es profesor de Historia en la Universidad de Murcia.
alexg@um.es